


Ciencias sociales



**El fracaso del  
proyecto argentino**  
Educación  
e ideología

---

**Carlos Escudé**

Instituto  
Torcuato  
Di Tella



**EDITORIAL TESIS**

Instituto Torcuato Di Tella



**E**ste es un libro sobre los orígenes del autoritarismo, el militarismo y el nacionalismo extremo en la Argentina. Es también un libro sobre un proyecto educativo extremista, el de la "educación patriótica", que convirtió a la enseñanza primaria en un mecanismo de adoctrinamiento autoritario y patriotero.

Fue implantado por conservadores en 1908, y luego adoptado, sin críticas ni reformas, sucesivamente por radicales, militares y peronistas. Fue quizás el único "proyecto argentino", en tanto fue incorporado por todos los sectores significativos de la población, los que paradójicamente no percibían este perverso punto de unión. Pero aunque pasaba desapercibido, fue este consenso autoritario lo que posibilitó golpe de Estado tras golpe de Estado en una Argentina confundida, de fácil caída en la tentación militarista.

De allí el título de este libro, El Fracaso del Proyecto Argentino. Estas páginas encierran, en secuencia cronológica, década tras década de documentación sobre el contenido ideológico de las orientaciones pedagógicas que inspiraron a la enseñanza primaria pública en la Argentina. En la hipótesis del autor, éste es uno de los "eslabones perdidos" de la declinación argentina.



**EDITORIAL TESIS**

Junín 745

1026 Buenos Aires - Argentina

☎ 49-7828/4150

---

# **EL FRACASO DEL PROYECTO ARGENTINO**

**Educación e ideología**

*Carlos Escudé*  
**Instituto Torcuato Di Tella/Conicet**

---

Supervisión y coordinación general: Lic. Silvia Costa  
Corrección: Alberto Bernades  
Diseño de Tapa: Juan Pablo Ribeiro  
Composición: Diselar Gráfica  
Películas: Artes Gráficas Juniors  
Impresión: Talleres Gráficos Litodar  
Encuadernación: Halley

© 1990 Derechos reservados por  
INSTITUTO TORCUATO DI TELLA  
11 de Septiembre 2139 (1428) Buenos Aires  
República Argentina - Teléfonos: 781-5013/5

© 1990 Derechos reservados por  
EDITORIAL TESIS S.A.  
Junín 733 P.B. (1026) Buenos Aires  
República Argentina - Teléfonos: 49-7828/4150/40-6650

Empresa adherida a la Cámara Argentina del Libro.

Prohibida la reproducción total o parcial por medios electrónicos o mecánicos, incluyendo fotocopia, grabación magnetofónica y cualquier sistema de almacenamiento de información, sin autorización escrita del editor.

Primera edición: agosto de 1990

ISBN: 950-718-016-8

Impreso en Argentina  
Printed in Argentina

*A Mónica Vilgré-La Madrid*

## Indice

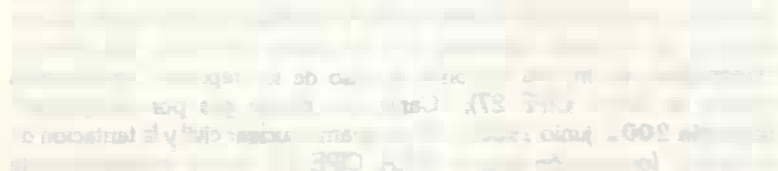
Agradecimientos	XI
Prólogo	XIII
Introducción	XXI
Capítulo I - El período de indecisión, 1900 - 1907	1
Capítulo II - La educación patriótica: un proyecto extremista	25
Capítulo III - El período 1914 - 1930: un intervalo sin cambios esenciales	63
Capítulo IV - El período 1930 - 43: hacia la consolidación de la irracionalidad en la cultura	87
Capítulo V - El período 1943 - 1950: el nacimiento de una cultura exótica	145
Capítulo VI - Epílogo, conclusiones y conjeturas	181

## Agradecimientos

Quiero agradecer muy especialmente a los frecuentemente olvidados pioneros de la desmitificación de los dogmas de la "argentinidad", Rómulo Félix Menéndez, Cristóbal Williams y Enrique Vera Villalobos. Menéndez es un coronel retirado hace muchos años que se aficionó por la historia y me ganó de mano publicando un libro sobre **Las Conquistas Territoriales Argentinas**, donde refuta el mito de las pérdidas territoriales argentinas. Dada su formación cultural y profesional como argentino y militar, su aporte tiene un mérito inmenso. Cristóbal Williams es otro amateur de la historia y las ciencias sociales. En un momento en que la casi totalidad de los profesionales del tema fueron cómplices de los mitos argentinos y hubieran dejado caer al país en el horror de una guerra contra Chile no sólo sin protestas sino fomentando el fanatismo, Williams estudió y subrayó la insensatez argentina. Fue él quien me arrastró a una biblioteca privada argentina, mostrándome documentos y mapas que le daban la razón a Chile, y fue él quien me convenció de que escribiéramos juntos sobre el tema. Posteriormente, Williams usó su formación en ciencias exactas y economía para ampliar la gama de sus desmitificaciones a la cuestión hidroeléctrica (en tanto ha interferido históricamente en nuestras relaciones con Brasil) y la cuestión nuclear (en tanto ha interferido, en medidas variables según circunstancias, en nuestras relaciones con los países centrales). Sus trabajos "Geopolítica vs. interés nacional: el caso de las represas" (publicación interna de IDEA, CIPE 27); "Canje con Brasil: gas por electricidad" (Energía 2001, junio 1985) y "El programa nuclear civil y la tentación de la bomba" (publicación interna, IDEA, CIPE 27), fueron verdaderamente

pioneros. Finalmente, Enrique Vera Villalobos es un abogado que se ha dedicado a bombardear sistemáticamente, a través de la prensa y otras publicaciones, estos mitos territorialistas y geopolíticos, a costa de haber sido acusado de traición a la patria y de haber visto su nombre manoseado en volantes, panfletos y escritos judiciales. Estas tres personas tuvieron el coraje de enfrentarse a los mitos, los dogmas, y una opinión pública que estaba casi totalmente hipnotizada con esos contenidos, en momentos en que los profesionales de estos temas se abstienen de opinar cuando no alimentaban estas patologías culturales en forma directa y consciente. Esto es verdadero patriotismo: estar dispuesto a ser tildado de traidor por amor al país. Y ésto es lo que la educación que nos legaron ha impedido que crezca. Como se verá en este estudio, la llamada "educación patriótica" que durante décadas hegemonizó a la educación argentina, fue una enseñanza que, sin proponérselo, terminó engendrando una cultura que desalentaría actitudes como las de los recién nombrados, fomentando en su lugar la cobardía cívica, cuando no la mentira y la hipocresía. Estas tres personas lograron superar estos condicionantes y así servir al país, adelantándose a los profesionales como pioneros auténticos.

En segundo lugar, quiero agradecer al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina, que hizo posible esta investigación. Por otra parte, merecen también un recordatorio Alejandro Corbacho y Carlos Newland, que con gran generosidad me facilitaron abundante material. Además, el segundo de los nombrados realizó una minuciosa lectura y crítica del manuscrito, que en mucho benefició al resultado final. Lo mismo puede decirse de los comentarios de Julio Berlinski, que proviniendo de un economista me brindaron la visión quizás más objetiva de un investigador que, por ajeno a la disciplina, no permite que el árbol le impida ver el bosque. Posteriormente a la entrada en prensa de este libro, Joseph S. Tulchin realizó una profunda lectura y crítica, aportando riquísimos comentarios que serán incorporados a una edición futura. Finalmente, debo agradecer las múltiples y pacientes lecturas y críticas de mi mujer, Mónica Vilgré-La Madrid, cuyo aporte intelectual ha sido crucial no sólo para éste sino para todos mis trabajos.



## Prólogo

La declinación argentina es un fenómeno a la vez dramático e interesante: dramático y doloroso para los argentinos; interesante para los intelectuales, sean o no argentinos. Para un intelectual argentino, la declinación y frustración nacional es casi necesariamente una obsesión. Lo es, ciertamente, para quien *ésto* escribe. Y esa declinación es un fenómeno complejo, misterioso, producto de variables múltiples, algunas de gran incidencia, otras quizás secundarias.

Mi primera aproximación a este gran tema fue un análisis de los factores externos que obstaculizaron el desarrollo argentino durante la década de 1940. Allí, en *Gran Bretaña, Estados Unidos y la Declinación Argentina, 1942-1949*, documenté el boicot económico perpetrado por los Estados Unidos contra la Argentina durante la mayor parte de una década crucial. Creo que, en ese libro, demuestro que los factores externos tuvieron un impacto sobre la declinación argentina, al menos en esa década. Pero en ese libro queda claro que mi explicación no es reduccionista. Allí no pretendo decir que los factores externos fueron los únicos ni los más importantes en la frustración argentina. Tan sólo pretendo haber aislado científicamente a un factor externo en una década clave, y haber demostrado que ese elemento exógeno tuvo una incidencia negativa, cuya magnitud no es cuantificable.

Una vez recorrido ese camino, sin embargo, era casi inevitable preguntarse por la otra cara de la moneda, esto es, la incidencia de factores endógenos. Esta pregunta era el corolario necesario de mi trabajo sobre la década de 1940. Yo comencé demostrando que el boicot norteamericano

de la década del 40 tuvo un impacto negativo sobre el desarrollo argentino. Pero ese boicot se debió a la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial. Y aunque puede argüirse que la Argentina poseía el derecho soberano a ser neutral, no puede negarse que el ejercicio de un derecho que origina tal perjuicio es autodestructivo. Lo mismo puede decirse de la guerra de las Malvinas: allí se conjugan, otra vez, la percepción unilateral de un derecho (a la posesión de las islas) y el ejercicio autodestructivo de ese derecho. Hay varios otros ejemplos similares, aunque menos espectaculares: el conato de guerra con Chile de 1978; la onerosa y sistemática adjudicación de recursos a proyectos económicamente dudosos de inspiración geopolítica; la conspicua negativa argentina a ratificar el tratado para la prohibición de armas nucleares en América latina (la Argentina es el único Estado de la región en tales condiciones, con la excepción de Cuba, que no lo firmó). Se trata de un conjunto de actitudes que, si nos retrotraemos a la actuación argentina en los foros panamericanos desde 1889 y a la también costosa neutralidad durante la Primera Guerra Mundial, abarcan un siglo de política exterior argentina y comprende por igual a gobiernos civiles y militares, conservadores, radicales, peronistas y desarrollista (al menos hasta este año de 1989 en que, paradójica y sorprendentemente, el gobierno de Menem parece intentar revertir esta tendencia). Esta reiteración, hartó costosa y por ende (a mi juicio) autodestructiva, me llevó a pensar en la vigencia de una hipotética variable cultural—y por lo tanto, endógena— que históricamente habría retroalimentado al efecto negativo de algunas variables exógenas, tales como el boicot norteamericano de la década del 40, que ya está cabalmente documentado. De allí surge mi interés por el contenido ideológico de las orientaciones pedagógicas de la enseñanza primaria en la Argentina entre 1900 y 1950: la posibilidad de que el síndrome tuviese un origen cultural lleva naturalmente al estudio del contenido de la educación, como mecanismo creador y propagador de cultura.

Debe quedar en claro, por consiguiente, que nada podría estar más lejos de mi ánimo que intentar una explicación reduccionista del fracaso argentino, que atribuya responsabilidad por la frustración y declinación nacional exclusiva o principalmente a una cultura originada en ciertos contenidos educativos. Decir que "la causa" de la declinación argentina está en los contenidos educativos sería tan simplificadoramente falso como decir que "la causa" está en la malignidad norteamericana. La declinación argentina fue el resultado de un proceso complejo y multicausal. El boicot norteamericano de la década de 1940 tuvo un impacto negativo (no

cuantificable), y esto puede ser demostrado. A su vez, la gestación de una cultura disfuncional para el progreso, a través del aparato educativo, también puede ser rastreada y documentada. El impacto (negativo) de esa cultura sobre las políticas exteriores y sobre el desarrollo argentino, considerado *in totum*, es una hipótesis muy plausible: la conexión causal directa no se puede demostrar, pero es indiscutible que ciertas pautas y valores eran por lo menos compatibles con ciertas políticas, exteriores e interiores, que perjudicaron al país. Y así, lentamente, se va construyendo una ecuación de la declinación argentina, que abarca variables endógenas y exógenas, cuya dirección se puede identificar, pero cuya magnitud no se puede cuantificar. Algún día escribiré un libro sobre la declinación argentina, cuya primera parte trate con variables endógenas y cuya segunda parte analice las exógenas: allí tendremos un borrador de un sistema dinámico de ecuaciones. Para llegar a eso, debo antes aislar las variables. En esta etapa, intento aislar una variable cultural y educativa: esto no debe interpretarse como un reduccionismo, sino como una metodología necesaria para los estudios científicos de este género. Estoy seguro de que la variable aquí aislada no es la única variable endógena que contribuyó al fracaso argentino, y estoy seguro que a ese fracaso contribuyeron también variables exógenas, una de las cuales fue identificada y documentada por quien esto escribe. Este estudio debe interpretarse en este contexto de contribuciones parciales a la comprensión de ese fenómeno complejo y multicausal que es la declinación y el fracaso nacional de los argentinos.

Por otra parte, este estudio es la continuación de una línea de investigaciones sobre la cultura argentina. Mi interés por la cultura argentina y su incidencia, primero en la política exterior, y luego en el desarrollo argentino considerado *in totum*, es, como dije, un corolario antitético y quizás paradójico de mis estudios sobre el factor externo en la declinación argentina, y es un interés que vengo cultivando, a través de la investigación, desde la guerra de Malvinas. Este curioso y traumático incidente llamó mi atención sobre el irredentismo territorial argentino, que alimentó a esa guerra y tres años antes casi provocó una guerra con Chile. Ese irredentismo está en gran medida alimentado por la creencia de que durante el siglo XIX la Argentina perdió enormes territorios: esta percepción está presente en casi todos los textos escolares de historia desde hace casi un siglo. Y esta percepción contrasta netamente con los atlas históricos que se publican en Europa y en América del Norte, todos los cuales adjudican a la Argentina, a mediados de siglo XIX, un territorio equivalente a poco más de la mitad de su territorio actual. ¿Qué significa esto? Cualquiera que visite el Archivo

General de Indias en Sevilla verá que la Corona española nunca adjudicó la Patagonia al Virreinato del Río de la Plata, pero en todos los textos escolares argentinos aparece como parte del mismo. ¿Cómo surgió el mito? ¿Cómo se difundió? Todas estas creencias que afectan o afectaron a la política exterior argentina han de ser estudiadas si la irracionalidad que condujo a la guerra de Malvinas (una guerra inganable, pero muy popular) ha de ser comprendida y eventualmente (expresión de deseos mediante) controlada.

Son éstos los interrogantes que generaron esta línea de investigaciones, que comenzó con un ensayo sobre percepciones contrastantes que publiqué en mi *La Argentina, ¿paria internacional?* Posteriormente, una vez que hube estudiado con mayor profundidad el tema del origen del mito de las pérdidas territoriales argentinas, escribí otro ensayo titulado "Nacionalismo Territorial Argentino", que publiqué primero en mi libro *La Argentina vs. las grandes potencias: el precio del desafío*, luego en R. Perina y R. Russel (comp.), *Argentina en el Mundo, 1973-1987*, y finalmente en inglés, en el *Journal of Latin American Studies*.

Pero el origen de los mitos era una cosa y su difusión hasta convertirse en un elemento generalizado de la cultura política argentina era otra muy distinta, y ya en ese ensayo anuncié mi intención de llevar a cabo un relevamiento de textos de enseñanza para verificar la medida en que elementos del nacionalismo territorial argentino habían sido difundidos por el sistema educativo. Este trabajo, titulado "Contenido nacionalista de los textos de geografía de la enseñanza primaria y secundaria en la Argentina, 1879-1986", fue publicado en mi *Patología del Nacionalismo: el caso argentino*.

Cada paso, no obstante, abría nuevos interrogantes. El estudio del origen de los mitos me había llevado a estudiar los mecanismos de difusión de esos mitos, y este último estudio me llevaba a preguntarme por qué teníamos los textos que acababa de analizar, vale decir, qué orientaciones pedagógicas habían originado esos textos, que a mí me parecieron tan peculiares. Y éste es el origen del estudio presente. Es así como un interés por la historia de la política exterior argentina me condujo a un estudio de sus condicionantes culturales, de los mecanismos educativos específicos que habían coadyuvado a gestar y perpetuar esa cultura, y de las ideologías que habían inspirado a quienes así moldearon el sistema educativo de este país.

Naturalmente que la vinculación entre la educación y la política exterior lleva implícita una premisa, y ésta es que lo que se le enseña a la gente y es adecuadamente internalizado, tiene un impacto sobre la forma en que la gente siente, piensa y percibe, y por lo

tanto incide sobre los comportamientos individuales y colectivos, sobre las políticas internas y externas de los Estados, e incluso impone límites al tipo de política que puede implementarse con éxito en una sociedad determinada. Esta premisa implica, para las ciencias sociales todas, una revaloración de la historia de los contenidos educativos, que debería ubicarse en un lugar central en el estudio del comportamiento humano y del desarrollo político y económico. Por cierto, creo además que la historia de los contenidos educativos es central para la comprensión de la irracionalidad en los comportamientos políticos, tanto internos como internacionales. Y creo que avanzar hacia la comprensión de la irracionalidad es esencial para el control y la administración de problemas que son cruciales para el futuro de la humanidad.

Por otra parte, es interesante observar que el estudio de la cultura, en tanto condicionante de la política, tiende a enfatizar las continuidades que definen a los estados-naciones, y por lo tanto constituye una tendencia a regresar al estudio de las conductas agregadas, por una vía diferente a la tradicional, demodée y agotada, del Estado unitario y racional.

El agotamiento del modelo del actor racional y unitario condujo a los estudios sobre procesos de toma de decisión y sobre conflictos burocráticos, que desagregaron al Estado. Pero esa metodología, que permitió grandes avances, desvió la atención respecto de ciertas continuidades que, paradójicamente, a veces subsisten en las conductas a pesar de las complejidades de los procesos de toma de decisión, de la diversidad de actores internos y de los enormes cambios ideológicos que pueden acompañar a los cambios de gobierno y de régimen. A tal punto es éste el caso que ya casi hemos olvidado el concepto de estado-nación, y las continuidades en materia de política interna o externa, a través de regímenes cambiantes, nos resultan sorprendentes cuando no pasan desapercibidas (lo que ocurre con frecuencia: el cambio y la ruptura nos obsesionan y nos ciegan respecto de significativas continuidades subyacentes).

De la misma manera, aunque el énfasis en el proceso de toma de decisión (que condujo a la desagregación del Estado) nos alejó de la premisa ingenua del actor racional, esa desagregación en sí no basta para estudiar la irracionalidad. ¿Qué quiero decir por irracionalidad? En las decisiones políticas, fundamentalmente, el no sometimiento a un cálculo de costos-beneficios materiales: irracional sería la acción de un cruzado; el entendimiento de un curso de acción, "caiga quien caiga y cueste lo que cueste". Y en el discurso político, la irracionalidad sería el no sometimiento a las leyes de la lógica formal; la transformación del discurso en ritual de

apoyo a una expresión de deseos, sin que interesen falacias, errores ni omisiones informativas.

La desagregación del Estado y el análisis del conflicto burocrático pueden servir en ciertos casos para explicar una decisión que, desde el punto de vista de una racionalidad weberiana (de adecuación de medios a fines) es subóptima, pero no alcanza para explicar la invasión argentina de las Malvinas con apoyo casi unánime de la población, las fuerzas vivas y los partidos políticos. Para estudiar ésto hay que volver al estado-nación como unidad de análisis; la desagregación cesa y regresamos a la unidad; la búsqueda de una racionalidad se transforma en un esfuerzo por comprender los orígenes de la irracionalidad, que finalmente se reconoce como un fenómeno digno de ser estudiado. Esta es mi propuesta metodológica para la era postmoderna. Creo que en las ciencias sociales ha habido miedo de enfrentar la irracionalidad. Sin embargo, Galtieri, Khadafi y Khomeini, con sus respectivos y masivos apoyos locales, debieran bastar para volver nuestras miras hacia la cultura, sospechando que ni la racionalidad occidental ni la desagregación del estado alcanzan para comprender sus conductas.

Volver a la cultura para comprender la irracionalidad colectiva implica, por su parte, regresar al estudio de la historia de las ideas, y el trabajo que sigue es una obra eminentemente descriptiva de la historia de las ideas que se transmitieron a través del aparato educativo argentino. Hay una hipótesis central, afirmada quizá demasiado enfáticamente a lo largo del texto, y ésta es que la cultura política fue distorsionada de una manera contraria al progreso y al buen funcionamiento de las instituciones (liberales) por medio de un adoctrinamiento autoritario y dogmático, grandilocuente-mente chauvinista, pero para consustanciar esta hipótesis me he visto en la necesidad de describir los vaivenes de una historia ideológica a lo largo de medio siglo, a través de una documentación cronológicamente ordenada que puede parecer el producto de un trabajo intelectual simple y poco sofisticado. Esto es lo que he querido hacer. No he querido adornar este trabajo con grandes elaboraciones ensayísticas, sino aportar una masa de datos que habla por sí misma y que está notoriamente ausente de las explicaciones del fracaso argentino. Le he dado forma a esa masa, pero no he querido introducirla en un contexto interpretativo más global, de una multiplicidad de variables. Aún no estoy preparado para un nuevo "gran ensayo" sobre las causas de la declinación argentina, que incorpore esta dimensión cultural al complejo de variables adicionales internas y externas, que jugaron en el proceso. Este trabajo decepcionará a quienes lo lean con esa expectativa. En cambio, interesará a quienes estén en busca del "eslabón

perdido" del fracaso argentino: creo realmente que he dado en una tecla importante, y que un eslabón perdido está en la educación

Finalmente, en tanto historia de las ideas, la que sigue no es una historia de las "grandes ideas" sino que es una historia de las ideas a veces pequeñísimas, absurdas, provincianas e ingenuas, que inspiraron a la enseñanza primaria argentina durante medio siglo. Para la historia de las "grandes ideas" argentinas vinculadas con esta temática tenemos las obras, ya clásicas, de Natalio Botana, **La Tradición Republicana**, y de Enrique Zuleta Alvarez, **El Nacionalismo Argentino**. En contraste, la presente es una historia de ideas que tienen importancia no en tanto creaciones intelectuales sino en cuanto vinieron a conformar la cultura política argentina. Y también es ésta, subsidiariamente, una historia de las ideologías que inspiraron al Consejo Nacional de Educación y a su publicación periódica, **El Monitor de la Educación Común**, en tanto ambos representaban cabalmente a la enseñanza primaria argentina durante el periodo bajo estudio. Debo subrayar que el **Monitor** es mi principalísima fuente. Metodológicamente, ésto se justifica porque, aunque a lo largo de este periodo se publicaron numerosas revistas sobre educación, el **Monitor** no sólo representaba la opinión oficial de las autoridades nacionales, sino que se distribuía gratuitamente entre los maestros del Consejo, sirviendo como instrumento de adoctrinamiento y de homogeneización de los contenidos educativos. Además, se publicó durante todo el periodo bajo estudio (hasta 1949), e incluía una Sección Oficial con todas las noticias del Consejo, brindando información tan exhaustiva que es un verdadero archivo a través de cuyas páginas se puede seguir la carrera de la más humilde maestra. Nombramientos, ascensos, expedientes contables y administrativos: casi ningún dato relevante está excluido de esta rica fuente de información, cuyo estudio, por otra parte, revela contenidos ideológicos que convergen con mis hallazgos sobre los textos de geografía entre 1879 y 1986. La misma existencia de una publicación como el **Monitor** es un indicador de la prioridad que, en la época bajo estudio, tuvo la educación para la clase política argentina. Que esta historia reconstruida a partir de esa fuente quede, pues, como homenaje a aquellos hombres que, comprendiendo cabalmente su importancia, equivocaron de rumbo en términos de los contenidos educativos y nos legaron una cultura que coadyuvaría a nuestro actual patético fracaso.

## Introducción

En el contexto del presente trabajo, el concepto "liberalismo" será definido como una ideología y escala de valores políticos según la cual la única razón-de-ser del Estado es la defensa del individuo, sus derechos y hasta cierto punto, sus intereses. Desde este punto de vista, el individuo es supremo, y las limitaciones a su libertad surgen únicamente de las necesidades funcionales vinculadas con la protección y defensa de otros individuos y sus derechos. Por lo tanto, la nación no se concibe como un "Ser" cuyo "Todo" sea superior a la suma de sus partes, sino simplemente como un conjunto de individuos que (en cierta medida) están unidos en torno a un territorio común, una cultura compartida, generalmente también una lengua, y a veces (aunque no en el caso de países como Argentina o Estados Unidos) una etnia.

En contraste, por "nacionalismo" entenderemos una filosofía y un escala de valores políticos que presupone que la "Nación" es un "Ser" superior a la suma de sus partes, y por lo tanto, que el individuo está esencialmente subordinado a ella y al Estado que la representa. Desde este punto de vista, la única razón-de-ser del Estado no es la defensa del individuo y sus derechos, sino que los derechos individuales pueden ser, en circunstancias "extremas" (definidas según el "buen" criterio del gobernante) sacrificables a los intereses de ese Todo superior. El individuo vive para servir a su "Patria": así, y no al revés, se define a la relación esencial entre individuo y estado-nación.

Así definido, todo lo que no sea "liberalismo", es decir, toda filosofía política que no ubique al individuo en el lugar supremo de la escala de

valores, es "autoritarismo": cualquier subordinación esencial del individuo, venga de mano del nacionalismo, del comunismo o de cualquier otro "ismo", es "autoritaria". Sólo reconociendo al individuo como supremo puede no caerse en algún género de autoritarismo. En este contexto conceptual, bueno es recordar que, probablemente, mucho más de la mitad del mundo no cree realmente que la única razón-de-ser del Estado sea la defensa de los derechos individuales, no le adjudica a estos un lugar auténticamente supremo en la escala de valores políticos, y por lo tanto es (en medida variable) autoritaria, aún sin saberlo.

Esta conceptualización viene al caso porque, así entendidos los términos, la Argentina del 900 vivía una lucha ideológica entre liberalismo y autoritarismo, y la educación habría de ser uno de los campos de batalla más notables. Los términos del debate educativo, sin embargo, no estaban claros (tampoco lo estaban en otros ámbitos) y el autoritarismo se vistió de liberal en las personas de funcionarios, políticos y pensadores como Joaquín V. González y José María Ramos Mejía, por citar sólo a dos de los protagonistas claves de aquella competencia. Ya hacia 1908, la postura autoritaria se había impuesto bajo la forma de los programas de educación patriótica con que en ese año se empezó a experimentar. Ese año fue un hito crucial para la historia de la educación y la misma cultura argentina: aunque no se lo reconociera explícitamente, el espíritu a la vez liberal y desarrollista que había inspirado la Ley 1420 quedó sepultado, y la educación se dirigió a objetivos que ya no eran los de apuntalar el progreso, y fomentó un espíritu dogmático y autoritario.

La primera ideología de la educación argentina fue, de algún modo, "desarrollista" a la vez que liberal. Sarmiento, por ejemplo, era un convencido de la relación directa que existía entre educación y economía. Para él la educación pública tenía el objetivo primordial de sentar las bases culturales necesarias para apuntalar el progreso: incluso la moral, en el pensamiento sarmientino, era una moral utilitaria, para trabajar más y mejor, para aumentar el producto individual y colectivo. Y los contenidos educativos que él propuso siempre fueron universalistas. En cambio, como veremos en el cuerpo de este trabajo, a partir de 1908 la finalidad principal de la educación argentina dejó de ser el apuntalamiento del progreso, a la vez que su contenido se tomó parroquial y chauvinista. La educación para el desarrollo se transformó en adoctrinamiento patrioterico colectivo. Y simultáneamente con la pérdida de su carácter "desarrollista", la educación argentina perdió también su carácter liberal.

Por cierto, y como veremos, quienes dominaron la educación

pública desde 1908 fueron profundamente autoritarios y militaristas, y la cabal antítesis de lo liberal, en tanto **explícitamente subordinaron el individuo al Estado, de una manera esencial, a la vez que su chauvinismo dogmático era la antítesis de lo universal.** Tal el caso de los dos "prohombres" ya mencionados, González y Ramos Mejía, proclamados liberales y tomados por tales por la posteridad. **La educación que hombres como los recién citados pregonaron e impusieron fue la antítesis de una educación liberal, alejándose también de la educación para el desarrollo que pregonaba Sarmiento.** En tanto esa educación engendraba un espíritu que era el opuesto al que nuestras instituciones liberales requerían para su buen funcionamiento, fue casi una garantía de fracaso nacional, más allá de que nos definamos como liberales auténticos o como autoritarios-a-la-argentina.

Ciertamente, el panorama ideológico de los autores de la organización nacional argentina es mucho más contradictorio y confuso de lo que parece a primera vista y de lo que suponen los estereotipos y prejuicios vigentes. Esta contradicción y confusión debía registrarse necesariamente tanto en la construcción de nuestras instituciones como en el contenido de nuestra educación. En la Constitución argentina triunfó el espíritu liberal. Pero claro, la redacción y promulgación de una Constitución representa un momento político muy puntual, y raramente ocurre que las constituciones se enmienden y trastroquen con cada cambio de los humores políticos e ideológicos. En la Ley de Educación Común (1420) de 1884, también triunfó el espíritu liberal. Y la promulgación de esa ley, como la de toda otra ley, también respondió a un momento ideológico muy específico, pero al contrario de la Constitución y de algunas leyes que, quizás por mero tradicionalismo, no se modificaron durante largas décadas, el contenido de la educación podía someterse a una revisión permanente y sería, por lo tanto, objeto de una lucha permanente. Y en esa lucha el liberalismo sería, a partir de 1908, invariablemente derrotado. A partir de ese año, los contenidos educativos serían esencialmente autoritarios, militaristas, dogmáticos y chauvinistas. Esto no puede sorprender demasiado: como bien lo demuestra en sus trabajos Carlos Newland, había mucho de esto en los contenidos educativos argentinos anteriores a 1853. El liberalismo auténtico fue un capítulo muy pasajero en la historia ideológica de la educación en la Argentina.

Por otra parte, a la derrota del liberalismo también contribuyeron las mismas contradicciones de la Constitución, que es liberal y sectaria a la vez, en tanto establece que el presidente de la Nación debe ser católico y que los indios deben ser catequizados. Esta contradicción fue, sin duda, producto de

las contradicciones de la sociedad argentina de entonces. El momento ideológico de la Ley 1420, por su parte, fue más coherentemente liberal que el momento de sanción de esa Constitución liberal pero sectaria en lo religioso. Pero ese momento ideológico más coherentemente liberal habría de pasar, y el ánimo de las clases dirigentes argentinas evolucionaría hacia un autoritarismo creciente, desde principios hasta mediados del siglo XX. En ese contexto, de retroceso y derrota del liberalismo auténtico, las contradicciones de la Constitución se usarían contra ese liberalismo: en la década de 1940 se sugirió oficialmente que el laicismo de la Ley 1420 era anticonstitucional, ya que carecía de sentido privar a "nuestros hijos" de lo que, por mandato constitucional expreso, se daba a los indios. El razonamiento es Impecable.

En este círculo de contradicciones que pocas veces se subrayan de manera directa, hay un concepto que es extraordinariamente útil para desenmascarar el carácter liberal o autoritario de una ideología, y éste es el de "patria". Su definición depende enormemente en función del grado de liberalismo o autoritarismo de su autor. Por otra parte, el concepto de "patria" fue, obviamente, central al proyecto cultural autoritario de la educación patriótica. Por consiguiente, nada mejor que comparar su definición y uso por parte de un verdadero liberal, con el que le diera un típico espíritu autoritario de la Argentina del 900.

Liberal auténtico fue —de más está decirlo— Alberdi. En el capítulo XIV de las Bases, por ejemplo, nos dice explícitamente:

"Recordemos a nuestro pueblo que la patria no es el suelo. Tenemos suelo desde hace tres siglos y sólo tenemos patria desde 1810. La patria es la libertad, es el orden, la riqueza, la civilización organizados en el suelo nativo, bajo su enseña y en su nombre."<sup>1</sup>

Alberdi, al contrario de los pedagogos que, según veremos, predominaron desde 1908, estaba consciente de los desvíos que un errado concepto de patriotismo podía producir, y al igual que Sarmiento, entendía que el futuro de la patria residía en la capacidad de encauzar a los argentinos por la senda del trabajo:

"Nuestros patriotas de la primera época no son los que poseen las

1. J.B. Alberdi, Bases, edición Tor de 1948, pág. 49. Aunque en su vejez Alberdi (como también Sarmiento) se alejó de un liberalismo auténtico, creo que está claro que el Alberdi históricamente significativo es el de las Bases y El crimen de la guerra.

ideas más acertadas del modo de hacer prosperar esta América que con tanto acierto supieron sustraer al poder español. Las nociones del patriotismo, el artificio de una causa puramente americana de la que se valieron como medio de guerra conveniente a aquél tiempo, los dominan y poseen todavía. Así hemos visto a Bolívar hasta 1826 provocar ligas para contener a Europa, que nada pretendía, y del General San Martín aplaudir la resistencia de Rosas a reclamaciones accidentales de algunos estados europeos. Después de haber representado una necesidad real y grande de la América de aquel tiempo, desconocen hoy hasta cierto punto las nuevas exigencias de este continente. La gloria militar que absorbió su vida los preocupa todavía más que el progreso. Sin embargo, a la necesidad de gloria ha sucedido la necesidad de provecho y de comodidad, y el heroísmo guerrero no es ya el órgano competente de las necesidades prosaicas del comercio y de la industria, que constituyen la vida actual de estos países. Enamorados de su obra, los patriotas de la primera época se asustan de todo lo que creen comprometería. (...) Nosotros, más fijos en la obra de la civilización que en la del patriotismo de cierta época, vemos venir sin pavor todo cuanto América puede producir en acontecimientos grandes."<sup>2</sup>

Para Alberdi, estos "acontecimientos grandes" eran las obras de la civilización.<sup>3</sup> Y obviamente también, las obras de la paz, no las de la guerra: "la victoria nos dará laureles, pero el laurel es planta estéril para América. Vale más la espiga de la paz, que es de oro, no en la lengua del poeta, sino en la lengua del economista".<sup>4</sup> El patriotismo, en el pensamiento de Alberdi, sólo podía centrarse en asegurar la libertad y el progreso de los individuos concretos que habitan el suelo argentino. Al contrario de las ideologías autoritarias, para él la nación no era un Ser colectivo que está por encima de los individuos que la conforman, y el Estado sólo tenía sentido en tanto servía para asegurar los derechos y los intereses de esos individuos. Y es por eso que adopta la máxima latina: *ubi bene, ibi patria* ("donde estoy bien, allí está la patria").<sup>5</sup> Esta es mi patria porque aquí me siento bien.

El suyo es un canto a la libertad, a las instituciones libres y a la libertad interior necesaria para gozar y hacer uso de ellas productiva y creativamente. Su espíritu triunfó en las luchas ideológicas que condujeron a la promulgación (puntual) de la Constitución y ciertas leyes claves. Pero el

2. J.B. Alberdi, *Bases*, edición Tor de 1948, loc. cit.

3. *Ibid.*, pág. 56.

4. *Ibid.*, pág. 59.

5. *Ibid.*, loc. cit.

espíritu autoritario, que era su antítesis. nunca se resignó a no dominar el alma de los argentinos, y desde la retaguardia, disfrazado incluso de liberalismo, batalló exitosamente por subvertir estos conceptos.

Paradigmático quizás del espíritu autoritario que desplazó a Alberdi y a Sarmiento de la educación argentina es el caso del texto *Patria* de Joaquín V. González. Es **paradigmático por** su contenido, lo es porque fue un texto oficialmente aprobado para la enseñanza primaria, lo es porque su autor fue ministro del Interior, ministro de Instrucción Pública y vocal del Consejo Nacional de Educación, y lo es, finalmente, porque no existe prácticamente ningún argentino informado que no considere a González como el arquetipo liberal de aquellos tiempos: en otras palabras, el ilustre riojano encarna, quizás mejor que nadie, al autoritarismo disfrazado de liberalismo que subvirtió a la cultura argentina y contribuyó a desestabilizar sus instituciones políticas.

En el primer capítulo de su *Patria*, J.V. González nos dice: "Patriotismo es ese amor, esa fuerza, esa ley natural ineludible que ata al hombre a la tierra en que nace, le convierte en un defensor airado y en un trabajador incesante para enriquecerla y hermosarla. Como amor es fuente de grandeza y sacrificios, como fuerza es agente de cultura y de dominio, como ley es principio eterno que rige la formación y vida de las sociedades. Es anterior a toda doctrina, superior a toda convención e interés y más poderoso que las voluntades. Por eso es germen de perfección moral, móvil eterno de heroísmos individuales y colectivos, y la única fuente inextinguible de la verdadera gloria".<sup>6</sup> Obsérvese que, entre otras cosas, el patriotismo "ata", es "airado", es "agente de dominio" y es "la única fuente de la verdadera gloria". ¡Qué diferente al ánimo de Alberdi, para quien *ubi bene, ibi patria*, para quien "la gloria no debe tener más título que la civilización"!

Pocas páginas más adelante, González se hace eco del mito de las pérdidas territoriales argentinas (olvidando que los territorios del sur fueron conquistados al indio y parte del noreste, al Paraguay). Se pregunta entonces: "¿Hasta cuándo es lícito el sacrificio, hasta cuándo es honorable la renuncia de su patrimonio?"<sup>7</sup> Más tarde, sugiere que quizás nuestra patria no haya "definido ya para siempre y de modo inmutable sus derechos de soberanía",<sup>8</sup> instigando a la aventura expansionista. Nuevamente, la antítesis con el Alberdi que proclamaba que "la paz nos vale el doble que la gloria".

6. J.V. González, *Patria*, 3ª edición, 1908, pág. 12. Primera edición de 1900.

7. *Ibid.*, pág. 16.

8. *Ibid.*, pág. 32.

es muy marcada. Según González, los argentinos nos habíamos dejado estafar de una parte importante de nuestro legítimo patrimonio. ¿De dónde provenía ese estado de cosas? De la falta de patriotismo, que según González es o debiera ser una religión: "religión y no otra idea perecedera y mudable es el patriotismo".<sup>9</sup> Y esto, según nuestro autor, es aberrante porque "la misión civilizadora de la República Argentina en esta América no debe tener superior; y para realizarla no han de ser bastantes los cañones, ni los buques, ni los ferrocarriles, que antes serían formas de nuestro tributo, si el pueblo y su gobierno no restableciesen en toda su esplendidez y vigor el santo fuego del antiguo amor de la Patria (...)"<sup>10</sup> ¿Y cómo sugiere González que hemos de encender el "santo fuego del amor de la Patria"? Con una política concreta: la instauración de la "educación patriótica", que precisamente en 1908 comenzaría a contaminar a la educación primaria argentina a través de la gestión de José María Ramos Mejía como presidente del Consejo Nacional de Educación.

Todas las definiciones de "patria" aportadas por J.V. González conducen al autoritarismo. "La Patria es la persona imperecedera para quien luchan y trabajan los hombres; las sociedades, los gobiernos, las naciones; ella es distinta de todos ellos, superior a todos ellos: es su alma invisible y generadora (...)"<sup>11</sup> "Toda nación que ha llegado a ser un organismo individual y perpetuo se convierte en una patria; ésta es una personalidad conjunta y compleja a la vez que una unidad indestructible."<sup>12</sup> La noción antropomórfica de patria emerge con toda claridad: la patria es una "persona", es nuestra "alma invisible". Por consiguiente, el individuo debe estar al servicio de la patria y de su institución concreta, el Estado. Al igual que en el comunismo, el nazismo y otros totalitarismos, si la patria es un Ser superior a los individuos, el individuo es sacrificable. Y para colmo, la patria es "perpetua", "indestructible", esto es, inmortal. Cuando este falaz dogma prende, siempre surgen los "salvadores de la patria" que creen ser los intérpretes auténticos del "Ser nacional" y que intentan, a menudo con éxito, imponerse a los deseos de las mayorías y a los derechos de los individuos.

Y si el patriotismo es una religión, la patria es una entidad metafísica, como corresponde a una persona perpetua: "La Patria es la más poderosa abstracción que haya creado el lenguaje humano, la síntesis más absoluta y

9. *Ibid.*, pág. 17-18.

10. *Ibid.*, pág. 20.

11. J. V. González, *op. cit.*, pág. 26.

12. *Ibid.*, pág. 42.

verdadera de la vida"<sup>13</sup> Subráyase el término "absoluto": éste es un absolutismo, además de una manipulación de esa irracionalidad que está siempre presente en la condición humana, para fines a menudo criminales, como la generación del delirio nazi. No sólo es la patria un absoluto, sino que "la fuerza es asiento y base de toda Patria".<sup>14</sup>

Según Joaquín V. González, los argentinos somos responsables de haber permitido que "tomen cuerpo independiente y magnitud incontrastable, ideas divergentes de nuestro destino nacional".<sup>15</sup> En otras palabras, la tolerancia es inadmisibile, el pluralismo aberrante y la democracia un mal superlativo: estas son las derivaciones lógicas implícitas en la idea de que no deben admitirse ideas divergentes respecto de nuestro destino. Debemos despertar, nos dice González. "Cualquiera que recorra con mirada despierta los últimos sucesos políticos de nuestro siglo, advertirá la tendencia incontenible de las grandes entidades nacionales a ampliar su esfera de acción, a ensanchar sus dominios territoriales y a afirmar su autoridad decisiva en las cuestiones que afectan al nuevo derecho internacional."<sup>16</sup> La "pequeñez de nuestra posición internacional" es inadmisibile.<sup>17</sup> Evidentemente, la Argentina debía lanzarse a su destino de grandeza sin admitir disensos internos.

Más extremas aún son sus ideas sobre la libertad. Pareciera ser que para González, la libertad individual es un concepto molesto: es un "argumento" con el que desgraciadamente hay que lidiar. El Estado, que representa la patria, limita y debe limitar nuestra libertad en función de los intereses de la patria. Recordemos que para Alberdi, la patria misma es "la libertad, el orden, la riqueza y la civilización en el suelo nativo". Una vez más, la antítesis es clara. Para Alberdi, la patria es la libertad y sin libertad no hay patria; para González, la libertad es, hasta cierto punto, enemiga de la patria: "Los filósofos de cierta escuela, no sabiendo, sin duda, a quien cargar con los pecados del mundo, se los imputan a la libertad. No andamos lejos de esa doctrina, porque la libertad tiene mucho que ver en el asunto (...)". Y más aún: "acaso hubiera necesidad de comprobar si la libertad es libre".<sup>18</sup>

González sueña. Sueña con el impacto, para él deslumbradoramente positivo, de la educación patriótica que propone: "¡Oh tiempos aquellos que yo imaginó! Cuando lleguen, y durante esos años amanezca el día de Mayo,

13. Ibid., pág. 27.

14. Ibid., pág. 31.

15. Ibid., pág. 47.

16. Ibid., pág. 48 y 49.

17. J. V. González, op. cit., pág. 59.

18. Ibid., pág. 74-78.

no ha de haber un sólo habitante de la República que no se levante de un salto, y enarbole la bandera celeste y blanca en el tope de su casa (...); las calles han de ser ríos de gentes felices (...); los templos han de retumbar todo el día con el estrépito de sus órganos (...); y lo mejor de todo, sí, lo mejor será cuando nuestros veteranos, los bravos batallones de la Patria, que entonces no nos inspirarán miedo ni zozobras, marchen por nuestras repletas arterias urbanas al compás enardecedor de sus marchas guerreras, y veamos precipitarse a su encuentro a los niños, las mujeres, los ancianos (...) para adornar con rosas y violetas las armas tradicionales de la victoria."<sup>19</sup>

El texto de González es, como dije, un paradigma del espíritu autoritario, militarista, dogmático y chauvinista que dominó a nuestra educación a partir de 1908, generando una cultura política autoritaria que haría muy difícil el buen funcionamiento de nuestras instituciones liberales. Ese dominio, sin embargo, no se produjo de repente ni caprichosamente. Durante el período inmediatamente anterior, es decir, entre 1900 (año en el que comienzo mi estudio) y 1908, se observa una lucha discreta pero continua entre ambas tendencias, a la vez que se registra una alarma creciente en la clase dirigente de entonces respecto de la presunta "desnacionalización" que sufriría la Argentina como consecuencia del aflujo inmigratorio. El proyecto de la generación del '80 había sido, si cabe, demasiado exitoso. La faz étnica y cultural del país estaba cambiando en forma acentuada y acelerada. Los hijos de los autores de esta transformación se asustaban cada vez más respecto de las consecuencias culturales y políticas del éxito del proyecto de sus padres. Los antiliberales ganaron ascendiente lenta pero seguramente, sin dejar nunca de llamarse liberales, y lograron imponer, hacia 1908, un proyecto de Ingeniería social, de neta impronta positivista en su metodología (aunque no tanto en sus fines), para "deseuropeizar" culturalmente a la Argentina.

Este proyecto de ingeniería social o cultural suplantó al anterior proyecto sarmientino de educación para el desarrollo. Desde ese entonces, el objetivo primordial del proyecto educativo argentino, más que impulsar el progreso, fue el de adoctrinar a la población en un argentinismo retórico, vacío de contenido y esencialmente dogmático y autoritario, cuando no militarista. Se despreció el concepto de "instrucción", por utilitario, y se

19. *Ibid.*, pág. 77-78.

confundió a la educación moral con un adoctrinamiento patriotero que sólo engendró a fanáticos e hipócritas. Sin violar el laicismo positivista de la Ley 1420, la "verdad revelada" del Evangelio fue sustituida por las "verdades patrióticas" de la argentinidad. Lejos de enseñar a pensar, la educación, convertida en adoctrinamiento, inculcó dogmas indiscutibles. La duda sistemática, requisito *sine qua non* para el desarrollo de un método de pensamiento científico, se convirtió en anatema. La Argentina fue, en efecto, deseuropeizada de todo lo progresista que la cultura europea (que los inmigrantes tendían a consolidar) podía aportar, y quedaron sólo las formas externas, vacías de contenido, de esa civilización europea. Este estudio es la historia de ese proyecto. En mi opinión, su éxito garantizó el fracaso nacional.